

## 7. El misterio pascual da sentido a todo

Tener el sentido de las cosas de Dios, como Jesús se lo pide enérgicamente a Pedro, es una apertura a la palabra y a los acontecimientos que Dios dice o determina, un dejarse habitar de lo que Dios quiere o da, o quita, con una fe confiada en que esto es bueno para uno mismo y para todos. Es una escucha del acontecimiento de Cristo que Le permite determinarnos y transformarnos hasta el fondo del corazón, hasta la raíz de nuestra libertad.

Jesús no anunciaba la muerte y resurrección a los discípulos para que *comprendieran*, sino para que se abrieran a un acontecimiento que sería “explicado” por sí mismo, *aconteciendo*, que ello mismo daría sentido a sí mismo, porque el misterio pascual es el origen y la consistencia de todo sentido, del significado de todo. No debemos explicar nosotros el misterio pascual, darle un sentido; sin embargo, debemos permitir al acontecimiento pascual explicarlo todo, dar sentido a todo, comenzando por nosotros mismos. María nos enseña que el pensar lo que es de Dios solo es posible si en nosotros encuentra silencio, encuentra pobreza y apertura de corazón. El silencio de María en Nazaret ha dejado fermentar la palabra de Cristo en su hacerse acontecimiento.

María permanece en esta posición hasta la Cruz, hasta Pentecostés, durante toda su vida. Siempre, tanto con Jesús a los doce años como en Caná, el horizonte simbólico último para María es el misterio pascual, los días y la Hora de la muerte y resurrección del Señor y, por lo tanto, la Redención del mundo como horizonte de cada gesto, de cada instante y pensamiento del día. Esta es la memoria cristiana que transforma nuestro corazón y nuestra vida en el seguimiento que permite a Cristo ir adelante, avanzar en la salvación del mundo.

Volvamos a Pedro y a los demás discípulos, porque es como volver a nosotros mismos, a nuestro modo de vivir, como pecadores que somos, la vocación que María vivió con corazón inmaculado y, por lo tanto, con una libertad incorrupta y total.

Cuando Jesús, poco después de la reprensión a Pedro, se pone a instruir a sus discípulos, lo hace pidiéndoles tal apertura de corazón que la muerte y resurrección puedan determinar a los discípulos como determinan a Jesús, encontrando en ellos la obediencia y la disponibilidad de corazón que Él expresa con relación al Padre.

Después de la durísima corrección que atañe a Pedro, Jesús comienza enseguida a llamar a los discípulos al camino justo. No rechaza a ninguno, no se arrepiente de la vocación que nos ha dado. Como con el Pueblo de Israel, Dios vuelve a comenzar, rápidamente y siempre, a hacer un camino con los discípulos que pierden el camino y caen estrepitosamente. Pero aquí el reinicio tiene una intensidad que podríamos llamar *última*, porque Jesús está entrando en el último y pleno tiempo de su misión.

«Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda por mí la encontrará. Porque, ¿de qué le sirve a un hombre

ganar el mundo entero si malogra su vida? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?

Porque cuando venga el Hijo del hombre en la gloria de su Padre, con sus ángeles, entonces dará a cada uno según sus acciones”» (Mt 16,24-27).

Recordemos primeramente que esta instrucción de Jesús está expresada como un reflejo de lo que Él acaba de anunciar de Sí mismo: “Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y sufrir mucho por parte de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los escribas, y morir y resucitar al tercer día” (Mt 16,21).

Sufrir mucho, morir, resucitar: pasión, muerte y resurrección. Esta es la escena, el cuadro, el icono el acontecimiento sobre el fondo del cual, más bien, ante y dentro del cual, Cristo describe a sus discípulos su vocación, el seguimiento que están llamados a vivir, la salvación, la ganancia, la realización plena de su vida, de su yo, el cumplimiento final que, cuando Jesús venga en la gloria del Padre, dará a quien haya aceptado dejar reflejar en su propia existencia el acontecimiento pascual del Hijo de Dios.

Lo que Cristo propone no es una concepción dolorosa, masoquista, mortificante de la vida, porque existe la resurrección, existe la perspectiva real de encontrar la propia vida, ganarla, es decir, vivirla con todo el valor que merece, para lo que ha sido hecha, hasta el destino escatológico eterno de ser introducidos en la gloria del Padre gracias al abrazo de Cristo, en el encuentro definitivo con Él.

Pero esta plenitud, esta resurrección de la vida en Él, con Él, Jesús la propone con un realismo absoluto, que no engaña, que no nos hace soñar. Cristo no sueña lejanamente en la resurrección, en la gloria, en la plenitud, como un espejismo, sino que nos acompaña, precediéndonos, en la experiencia real de la resurrección. No se puede resurgir sin morir, no se puede tener experiencia de la resurrección sin pasar por la muerte o, al menos, el reconocimiento de que estamos muertos y necesitamos de la vida de Otro.

Ante todo, lo que es importante escuchar en estas palabras de Jesús, después de haber anunciado su pasión, muerte y resurrección, es la nueva concepción de nosotros mismos, de nuestro “yo”, que nos revela el misterio pascual. La salvación, para nosotros y para todos, consiste en acoger la comunión de destino en la gloria del Padre que Cristo ha venido a darnos. Y ha venido a darnosla yendo hasta el fondo de la comunión con nuestro destino de perdición, de abandono de Dios, de muerte. Es el misterio expresado por el icono de la Resurrección en el que Cristo desciende a los infiernos para liberar a Adán y a Eva haciéndoles subir a compartir Su gloria, Su vida redimida y eterna. Cuando Jesús dice a los discípulos que quien quiera seguirle debe negarse a sí mismo, tomar su cruz, perder la vida, para ganar una vida que tiene más valor que el mundo entero, en el fondo describe la escena de la resurrección que redime a Adán liberándolo de las garras de los infiernos.